CAPÍTULO XIII

ANIMALES DE LA SELVA. — PÁJAROS. — SERPIENTES

La zorra mochilera. — Caza de noche en la selva. — Mosquitos. — Aves barbudas. — La urraca de Australia. — Los « mineros ». — La caza del papagayo. — La Cruz del Sur. — Serpientes. — Animales marsupiales.

Uno de los sports favoritos en Australia es la caza de la zorra mochilera. La zorra mochilera australiana es un cuadrúpedo marsupial que vive en los árboles y se alimenta de insectos, huevos y frutas. Su cuerpo tiene unas veinticinco pulgadas de largo, sin contar su larga cola prensil, con la que trepa por las ramas de los árboles en que vive. Su piel está cubierta de espeso pelo, de un color negro ahumado, con manchas de color castaño, y es muy buscada por su belleza y por su color.

La hora á propósito para la caza de la zorra mochilera es por la noche, en los alrededores del plenilunio, cuando uno puede ver casi como si fuese de día. Hasta Venus es tan brillante que, una noche sin luna, he visto que daba luz bastante para guiar un coche.

CAPILLA ALFONSINA

Un perro adiestrado es casi indispensable para seguir el rastro de las zorras mochileras hasta su árbol, al pie del cual se para y avisa. Cuando el perro se para y aúlla, estad seguros de que allí hay una zorra en el gomero. Nunca tuve la fortuna de llevar conmigo un perro adiestrado, sino perros jóvenes y nuevos en la caza.

Por lo tanto, habíamos de descubrir y ver nosotros mismos nuestra caza. Esto se hace observando cuidadosamente cada rama, dejando el árbol entre el cazador y la luz de la luna; y si hay allí una zorra mochilera, veréis como una pequeña bola vellosa y negra, inmóvil en la horquilla de una rama. La primera noche que salí con un grupo de amigos á la caza de la zorra mochilera, andamos penosamente un buen trecho por la selva y examinamos los árboles largo tiempo en vano.

Por último, el antiguo colono que nos acompañaba, al llegar al pie de un árbol grande, dijo: — ¡Ah! probablemente aquí habrá algo — y nos pusimos á escudriñar cuidadosamente las ramas. — Allí está — dijo el colono, apuntando á una horquilla donde decía que estaba la zorra. Al principio no supe ver nada. Pero al fin descubrí la pequeña bola redonda. Disparó, y el animal cayó muerto en el suelo.

Un poco más lejos buscamos de nuevo y encontramos otra. Ahora me tocaba á mí el turno. Apunté tranquilamente al bulto negro colocado entre mí y la luna é hice fuego. Mirando á través del humo, vi á la fulanita colgada en una rama

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEX

por su cola, y medio minuto después cayó al suelo. Era un ejemplar de la especie que tiene la cola anillada con un remate pelado de unas dos pulgadas, en forma de anillo blanco. Las zorras de esta clase emplean la cola para encaramarse como algunos monos del Africa. Así pude llevar mi zorra mochilera colgada de mi dedo por la cola, aun después que fué completamente muerta.

La zorra siguiente cayó herida del árbol y se fué por pies, con los pequeños perros que le iban al alcance y le ajustaron la cuenta después de un breve combate. Algunas veces, cuando ya está herida, la zorra se encarama con su cola por el árbol durante un buen rato, con su cuerpo colgando hacia abajo. Entonces, el que sabe encaramarse mejor y más ágilmente sube para hacerla bajar, y pronto cae entre los perros, que están sumamente animados y dispuestos á echársele encima. De vez en cuando les hace correr un buen trecho, y entonces la cuestión estriba en impedir que suba á otro árbol.

Continuando nuestra batida, nos encontramos en un terreno bajo y pantanoso donde se dice que hay abundancia de zorras mochileras. Pero apenas había entrado en el pantano cuando me encontré cubierto de los más voraces mosquitos. Levantábanse á millares del suelo y se fijaban en mi piel de recién llegado, de la que todavía no había desaparecido el olor de tilo (1); y en pocos minutos

(1) Dícese en la colonia que los mosquitos conocen á los recién llegados, ó la importación fresca, por el olor de tilo que adquirieron á bordo del buque; y que, siendo aficionados

me encontré literalmente en el tormento, y en franca retirada hacia fuera del pantano. Ni la perspectiva de encontrar un zurrón lleno de zorras mochileras me hubiera tentado á ir de nuevo en aquella dirección.

En suma, cobramos siete zorras, lo cual es considerado como una caza muy mediana. Hay en la ciudad un cazador práctico que sale con un perro adiestrado, el caballo y una carreta, y vuelve malhumorado si no lleva á casa la carreta completamente llena de pieles.

Cuando hubo terminado nuestra caza y estuvimos resueltos á volver á casa, yo no tenía ni la más remota idea de donde estábamos, ó de la dirección que habíamos de tomar. Sabido es que cerca de la ciudad hay numerosos caminos, pero allí no había ninguno; y es tan completa la uniformidad de la selva, que yo me maravillaba de que mi experimentado amigo acertase á conducirnos á casa. Pero no tuvo ninguna dificultad para encontrar el camino, y pronto estuvimos andando á la luz de la luna, viendo los dispersos gomeros, al parecer más flacos y deformes que de costumbre, pisando las ramas secas que crujían bajo nuestros pies, hasta que llegamos á la ciudad mucho después de media noche.

En otra ocasión acompañé á la selva al doctor de Maryborough para cazar aves barbudas con que hacer un pastel; pero no logramos encontrar

á la sangre fresca, atacan á los recién llegados más que á los habitantes endurecidos.

CAPILLA ALFONSINA

bastantes. Estoy en la creencia de que el vestido de colores alegres de una señorita que nos acompañaba debió asustar los pájaros. Había por allí abundancia de aves, pero muy pocas de la clase que nos hacían falta; un ave grande como una paloma, gorda y tierna para comer. El doctor nos llevaba en coche, ya entre los árboles, ya fuera de ellos, y una vez hubo de hacernos salir á la fuerza de su calesín, por haber metido las ruedas en el tronco de un árbol.

Los chupamieles, manchados de negro y amarillo, gorjeaban entre los árboles. Los cabeza de cuero, con su cuello pelado y salpicado de plumas blancas, casi parecidos á buitres en miniatura, lanzaban su ruidoso é inopinado graznido; luego batían perezosamente sus alas y se iban volando al árbol vecino. Súbitamente se oye el grito singular del pájaro-campana, semejante al son de una campana de vidrio, en tanto que á lo lejos, en la selva, podéis oir la nota de la urraca de Australia ó corneja silbante, que se parece al sonido de una flauta de plata, claro, dulce y musical. La urraca es, en verdad, un pájaro inteligente, que imita con maravillosa exactitud los graznidos do los otros pájaros, y cuando está domesticado es en extremo divertido, pues aprende con facilidad á silbar canciones y lo hace sumamente bien.

Otro día salí á cazar con el pastor presbiteriano, un entusiasta taxidermista, que ahora se ocupa en formar una escrupulosa colección de pájaros australianos. Aquel día pasamos en la selva un rato divertido. Había en gran número unos pájaros negros y grises, conocidos allí con el nombre de « mineros », que cotorreaban por los árboles en grupos de cuatro ó cinco. Son pájaros vivos é inteligentes y algunos de ellos saben imitar la voz humana como algunos de la tribu de los papagayos. Tienen un aspecto muy peculiar, el cuerpo gris, con una mancha negra en la cabeza y un grueso mazo de plumas de un amarillo brillante detrás de los ojos. Dejamos los « mineros » sin molestarles, pues me dijo el pastor que no son buenos para comer, y como ejemplares son demasiado comunes.

Luego hay los diminutos reyezuelos grises, que se sitúan en bandadas por los alrededores, y son tan pequeños que un reyezuelo inglés parece un monstruo á su lado. Cruza la luz de la luna, allá en la hondonada, una bandada de verdes y amarillos periquitos que chillan al pasar. Los brillantes colores de sus alas relampaguean al salir de la sombra de los árboles. Ahora vamos en pos de una urraca que pasa de un árbol á otro; pero apenas nos acercamos lo suficiente para tomarle la puntería, lanza su nota y se va. El único modo de cogerla es avanzar cautelosamente de mata en mata; pero aun así, es un pájaro tan esquivo, que se hace verdaderamente difícil echarle mano.

Amontonadas en un alto árbol, hay una bandada de grandes cacatúas blancas, con cresta de color de azufre. A ver si podemos acertar una. Pero ven por adelantado nuestro designio, pues al momento levantan el vuelo y revolotean por encima de nuestras cabezas, con la cresta erguida,

CAPILLA ALFONSINA

dejando oir sus roncos y penetrantes chillidos. Esos son los animales que tantos malos ratos dan á los agricultores, porque se comen el grano recién sembrado.

Y luego ¡mirad! en aquella rama hay veinte ó treinta periquitos diligentes y hermosos, con alas verdes y de azul obscuro, salpicadas de amarillo. Auxiliándose de sus pequeñas garras van de una parte á otra del escaso follaje, de uno á otro extremo de los árboles, y sólo levantan el vuelo si nos ven bastante cerca para hacer blanco en ellos, en cuyo caso echan á volar chillando y huyen á bandadas.

Una vez que fuí á la caza del papagayo con un joven amigo casi tan novato como yo, faltó poco para que nos perdiésemos en la selva. Fuimos siguiendo una bandada de papagayos azules, de montaña, hermosas aves de las que queríamos ejemplares para nuestra colección. Después de algún menguado éxito, dimos la vuelta para regresar á casa. El sol se sumergía en el ocaso. Fijando su posición en el cielo, tomamos la dirección que nos pareció más recta. Para guiarnos no había senderos, ni mojones, ni otra cosa que la selva. Después de andar por algún tiempo y de observar de nuevo por la mayor claridad del cielo el punto donde se pusiera el sol, comprendimos que habíamos hecho un circuito y que habíamos andado exactamente en la dirección opuesta á la de nuestra ciudad. Nos apresuramos á volver sobre nuestros pasos, pues sabíamos que pronto habría anochecido, dada la brevedad del crepúsculo en Australia. Afortunadamente para nosotros, hacía una noche muy clara y, como las estrellas relucían bien, vimos ante nosotros la Cruz del Sur, que se elevaba á nuestra izquierda y que nos condujo á nuestro camino. Si la noche hubiese sido nebulosa, muy probablemente habríamos tenido que pasarla en la selva; pero gracias á la Cruz del Sur y á nuestras buenas piernas, llegamos al fin sanos y salvos, aunque algo tarde, á nuestra ciudad.

Algunas veces se encuentran serpientes en la selva, aunque yo vi pocas, y esas pocas dispuestas siempre á dejar el paso libre. La mayor que he visto fué encontrada debajo del pavimento de una cabaña edificada en el declive de la colina más arriba de Mallorca. Bajaba, á primera hora de la mañana, de la escuela, cuando me paré en la cabaña para hablar con el inquilino. Es una habitación muy pequeña y aseada, dividida en dos departamentos, el recibidor y el dormitorio. El recibidor estaba cubierto con estampas baratas que recuerdan las de nuestro país, tomadas generalmente de *Punch* y de la *Illustrated London News*. En la cornisa de la chimenea había también fotografías de antiguos amigos. El pavimento estaba limpio; el pequeño puchero estaba cociendo sobre el fuego y todo se estaba disponiendo para el desayuno. Un cuadro muy agradable del hogar de un emigrante próspero.

Cuando me disponía á salir en el momento de despedirme, bajé los ojos y vi debajo del banco, junto á la puerta, una cosa larga y de un gris

CAPILLA ALFONSINA

moreno, echada en completo reposo. En seguida vi que era una serpiente y agarré un zoquete de leña para golpearla ; pero mi amigo, que era más experimentado en la materia, me detuvo. — Esperad un momento — dijo — y dejádmela coger. — Rápido como el pensamiento se inclinó hacia el suelo, asió con firmeza la serpiente por la cola, y volteándola rápidamente tres ó cuatro veces por encima de su cabeza, la arrojó contra las tablas de la cabaña y la dejó caer aplastando la cabeza del reptil con el tacón de la bota. La serpiente tenía cuatro pies y seis pulgadas de largo, y dicen que era de una especie muy venenosa.

Las serpientes son más comunes en la parte menos cultivada de la colonia, y no son raras las mordeduras fatales. El método de tratamiento que ha tenido más éxito, es el inventado por el doctor Halford, de Melbourne, que consiste en inyectar una solución de amoníaco en una vena sacada y abierta con este propósito. Dícese que destruye en seguida y casi completamente los efectos del veneno. Después de mi vuelta á la patria, he sabido que el doctor Halford había sido premiado públicamente por su descubrimiento.

La caza del canguro es uno de los grandes deportes de Victoria; pero yo no tuve la fortuna de ver una caza de esta suerte. Hay ahora muy pocos, si hay alguno, en estos alrededores (1). Sin embargo, no faltan animales marsupiales del mismo carácter : la zorra mochilera es uno de ellos. Hay también una especie de canguro llamado el *wallaby*, el cual, si no lo he cazado, lo he comido. Y el *wallaby* estofado no está mal ; tiene un sabor muy semejante al venado. Ciertamente, los animales marsupiales de Australia son de infinitas variedades, que van desde un animal muy pequeño, no mayor que nuestro turón, al gran canguro con aires de viejo, que mide entre siete y ocho pies desde el hocico al extremo de la cola. Lo peculiar en todas estas clases de animales desde el más pequeño al mayor, es el marsupio, ó bolsa donde las hembras llevan sus cachorros hasta que son bastante grandes para valerse por sí mismos. El canguro casi está reducido á la Australia, aunque algunas de sus especies se encuentran asimismo en algunas islas cercanas.

(1) En Avoca hay un Club Venatorio que caza canguros. Los animales abundan al norte del río Murray, y todavía pululan en algunas partes del país no colonizado, en Gipps Land.

CAPILLA ALFONSINA